

Mi perpetuo y respetuoso agradecimiento a Nicolás Espiro por su sugerentes y valiosos aportes a la concepción de Grupo Operativo y Psicología Social.

También a la Junta Directiva de APOP (Asociación de Psicoterapia Operativa Psicoanalítica), por organizar estas Jornadas en su honor y por permitir ser una de sus portavoces en esta ocasión tan significativa para rescatar su contribución a los estudios sobre la Concepción Operativa. Confío en estar a la altura, como él se merece, para hacer justicia a la innegable singularidad de su sabiduría.

Me gustaría comenzar refiriéndome a su faceta de **enseñante**, que como intelectual es una de sus señas de identidad. Su papel de maestro encarna, desde nuestra perspectiva, el ideal de Enrique Pichon-Rivière en cuanto a que "No hay nada mejor que una buena teoría" y agregó: en manos de un buen profesor que sepa transmitirla.

Apoyándose en el Esquema Conceptual Referencial Operativo (ECRO) –ideado por Pichon-Rivière– como un aparato para observar la realidad, que posibilita pensar dialécticamente e implica superar posiciones lineales y fragmentarias, Nicolás desarrolla un pensamiento capaz de comprender situaciones complejas. Con esa perspectiva igualmente afirma los principios de la Concepción Operativa donde es fundamental la convergencia para integrar las teorías con la experiencia.

En su trabajo "El malestar en la cultura. Problemas del psicoanálisis aplicado", de 1985, Espiro remarca que el principio de **convergencia** es un acto necesario, costoso y comprometido en nuestra actividad profesional investigadora, ya que significa que lo aportado nos acerca a cierta comprensión de los hechos desde lo singular, particular a lo universal. Se trata de un orden metodológico que sin lugar a dudas promueve una transformación activa de la realidad y la perfila de ese modo como actividad interdisciplinar, con la exigencia de un trabajo en equipo, con posibilidades que van desde el debate y la discusión con otros expertos hasta la planificación de investigaciones conjuntas.

Para él, tanto enseñar a pensar como aprender e investigar "la concepción de la psicología social" implica asumir pérdidas y afrontar ansiedades, (como buen Pichionano). Enseñar, en todo caso, siempre se convierte en la producción de pensamiento con otros, en compartir ideas y obrar colectivamente y también afrontar contradicciones que no suponen oposición aunque debamos tenerlas en cuenta.

Espiro sostiene que este proceso de pensar es necesariamente social, y las ideas, las palabras, los aprendizajes se plasman porque hay o hubo otros que generaron otras ideas, otras palabras, otros aprendizajes que necesariamente transformaremos y, querámoslo o no, también legaremos a otros. Un artículo sobre el tema que merece atención es "El método psicoanalítico y el método historiográfico", publicado en 1988.

Así era Nicolás, respetuoso en su escucha como pedagogo.

Sobre el concepto de **mundo interno** propuesto por Pichon-Rivière, Espiro apunta que éste conlleva dialogar con uno mismo, lo que no es otra cosa que interactuar con los que dejaron huellas e inscripciones de experiencia y de vida. No obstante, abre y amplía esta categoría sin olvidar los contextos sociales o las ideologías en el juego de las determinaciones. Sus aportes remarcan la causalidad psíquica con precisiones relevantes, que evidencian la influencia del Psicoanálisis en los sucesos psíquicos inconscientes.

Es fascinante comprobar que su ejercicio de la praxis clínica operativa (tanto individual como grupal), no lo llevara a dejar de lado cuestiones como prestar atención a la comprensión del mundo interno de los pacientes que acuden a la consulta. No olvidemos que, como anticipó Freud, el mundo interno es consecuencia en parte del desvalimiento del ser humano desde el primer momento de su existencia. Un mundo interno al que le precede un marco social en el que el sujeto tendrá que desenvolverse.

Conceptos como identificación, libido de objeto, regresión, pulsión de vida, por citar sólo algunos, guardan estrecha relación con las consecuencias que se derivan de esa posición de desvalimiento.

Quiero señalar, de todos modos, que Espiro también se obligaba a ver, aproximándolo como si estuviera fuera de foco, y deduciendo el mundo externo en el que se mueven las personas.

Desde su experiencia en la clínica (psicoanalítica), y a partir de las nuevas situaciones que se le presentan, Nicolás desarrolla su pensamiento con rigor y claridad expositiva enriqueciendo con su trabajo los conceptos freudianos. Así, la comprensión de sus rigurosas teorizaciones sobre estos puntos son ejes centrales que recorrerán sus escritos.

Uno de mis favoritos es "Teoría de la libido, pregenitalidad y genitalidad. Notas sobre el desarrollo, psicopatología y clínica", publicado en la Revista APM en 2007.

En el último artículo que publicó, con Alicia Sánchez, en la Revista de la APM, en 2009, titulado "Los cuadros clínicos límite como unidad patogenética. El trauma sexual en los estados límite y en las neurosis") Espiro aborda el tema de las **personalidades límite y la patología**.

Sin duda la rigurosa precisión de sus capacidades psicoanalíticas ha quedado plasmada en sus artículos.

Sobre esto, uno de los aspectos que a mi juicio tiene un peso preponderante es la cuestión del narcisismo versus la relación de objeto. Tal y como lo entiende Nicolás, el narcisismo es una consecuencia obligada, por decirlo de alguna forma, del desvalimiento. Pero no es menos cierto que esa misma situación es

la que dará pie a otro aspecto que lo caracteriza, la necesidad de relacionarse con sus semejantes.

Corresponde al entorno, primeramente a través de las figuras parentales y después a través de sus subrogados, contener y metaforizar la ansiedad generada para ayudar al sujeto a incorporar nuevas funciones que en último término le abran el camino hacia la simbolización y por ende a encontrar su lugar entre los demás.

Espiro ha hablado de aspectos de la cultura que potencian la regresión narcisista y la omnipotencia, cabe pensar en elementos que contribuyan a fortalecer el (tercer) pilar de la autoestima, contrarrestando los efectos tanáticos del narcisismo. Ha remarcado que la realidad psíquica y la realidad de los acontecimientos deben ser continuamente discriminados con la elaboración fantasmática del propio sufrimiento o malestar insertos en la cultura.

Específicamente en la clínica grupal, Espiro no cree que nada objetivo autorice que sigamos pensando que una formación colectiva es pasible de regresión al estilo de los individuos.

En los grupos, lo regresivo son indicadores mal interpretados o arbitrariamente recortados en vez de registrarlos como formas aprendidas de pensar aprioristamente con modelos ideales, como expresión en la mente de los esfuerzo de los sujetos por resolver las contradicciones en que le sume la ideología dominante. Discusión de la ponencia de A. Bauleo, comentario a "La Ilusión de las multitudes". Revista Nº 13 del Centro Internacional de investigación en Psicología Social y Grupal.

Así era Nicolás, agudo en su quehacer clínico.

En cuanto a su concepto de **tarea grupal** permítaseme recordar que implica movimiento, precariedad, transición; en suma, una espiral dialéctica. No sólo porque nos pongamos a pensar las ideas o nociones se transformarán. Esto sería dejar fuera de la ecuación ingenuamente a los participantes, a los sujetos que elaboran, portan o recogen pensamientos, quienes también serán – seremos– movidos, transformados, descolocados por estar inmersos en la tarea grupal.

Espiro dedicó mucho tiempo también a pensar lo **institucional en relación con el poder**. Cabe recordar que fue director del Centro Racker de Investigación de la Asociación Psicoanalítica Argentina y primer director del CACI, Centro de Atención Clínica e Investigación de la APM en Madrid.

Puedo citar algunos de sus artículos y ponencias inéditas. Por ejemplo "Una reflexión psicoanalítica y socioantropológica sobre la mundialización, la adaptación psíquica y el papel del dinero", de 2005; o "La familia como articuladora del lazo social", discusión en el Primer Congreso de la actualidad del Grupo Operativo, en 2006 así como su ponencia "La violencia silente", que

expuso en las Jornadas sobre Violencia de nuestra institución celebradas en noviembre de 2009.

En ellos habla de tipos de agrupamiento social, caracterizados por diferentes modos de relación entre los sujetos que los integran. Así, mientras que en la comunidad predomina la solidaridad como forma relacional, en las instituciones sobresale la competitividad en detrimento de lo anterior. Los efectos que una y otra tienen sobre la convivencia parecen bien diferentes.

Entre sus aportes teóricos me gustaría destacar sus reflexiones acerca de la violencia silente. Espiro se interesó especialmente por esa violencia que, aún difundida mediáticamente en toda la sociedad, es vivida como parte de los aspectos, malos y buenos, de la vida real. La caracterizó "como una enfermedad muy grave que se desarrolla sin ruido sintomático y que necesita ser revelada por métodos auxiliares".

En este sentido pone énfasis en que ante los fenómenos de todo tipo de violencia cabe preguntarse cómo ésta influencia al psiquismo, tanto de las víctimas como de los verdugos, y propone comprender por qué los actos reemplazan al pensamiento, o por qué no se transforman las percepciones en representaciones pulsionales.

Espiro sostiene que la fuente fundamental de apoyo en la sociedad sigue siendo la familia en la que observa variaciones en lo referido a sentimientos de soledad o aislamiento si bien señala que las modificaciones en la estructura familiar han supuesto una disminución en los contactos con la familia extensa, se han preservado las relaciones entre padres e hijos aun cuando estos ya no compartan domicilio.

Los aportes que se reciben en el ámbito familiar tienen menor importancia, y el espacio social pasa a ser la principal fuente de modelos que sirven para la identificación y por tanto para la construcción de una identidad.

Lo que le sugieren estos cambios es la idea de un cierto vaciamiento de funciones de la institución familiar, en favor de otras instancias sociales que, en cierto modo, como si se tratara de un régimen de monopolio administran los valores que rigen el funcionamiento social.

Otro aporte son sus reflexiones sobre la función de los profesionales de la **salud mental** lo llevaron a interrogarse –siguiendo a José Bleger– sobre cómo entenderla en el ámbito comunitario y más en concreto el papel de aquellos que se mueven en los grupos e instituciones. También se cuestionaba sobre cómo abordar la tarea en el conflicto entre perpetuación y transformación o con qué dispositivos técnicos contamos para enfrentar los hechos, como por ejemplo el trabajo de la interconsulta, (artículo de Martha Hendler).

Así era Nicolás, en su quehacer clínico grupal e institucional, siempre inmerso en los avatares de la sociedad.

Quiero aprovechar este homenaje para referirme al peculiar vínculo que reunió en Madrid a Nicolás Espiro y a Armando Bauleo.

Podría simbolizar los aportes de ambos sobre la concepción de grupo operativo en la figura de la subversión de los roles. Ambos, formados en el materialismo dialéctico y en la psicología social, representaban la difícil síntesis de la cruz y el talmud, sin dejar de lado las contribuciones de esas tradiciones a la cultura común.

Ambos, trasterrados para escapar a la terrible Dictadura argentina de los años setenta, recrearon, en su nuevo entorno, como siguiendo el poema de Machado que dice que el camino se hace al andar, los espacios propicios para el pensamiento y el estudio.

Así, en las palabras que abren el Boletín número 5 del Centro Internacional de Investigación en Psicología Social y Grupal, publicado en Madrid en 1984, queda registrado que ellos en cada lugar iban dejando sus "incipientes marcas de identidad".

Entre otros aportes, sintetizo uno que ambos hicieron, amparados en el magisterio de Pichon-Rivière, quien reformuló el concepto de gestalt en *gestaltung*, es decir de estructura a estructurando, y que como sabéis, consiste en subrayar la cualidad de los sistemas sociales, su movimiento. Ellos precisaron que se trata de un proceso de ida y vuelta en el tiempo en la *gestaltung*, para revalorizar su condición histórica, para ligar, para unir pedazos, para garantizar unidad y continuidad.

Otra cualidad que quiero destacar es que como psicoanalistas sociales, sus prácticas recogen la mirada de los otros, una manera sutil de acompañarse y agradecer sus aportaciones a los autores que los precedieron, ya que siempre reconocieron que sin el pensamiento de los antecesores es impensable el pensamiento propio.

Aparte de la insaciable curiosidad crítica, Espiro y Bauleo compartían cualidades como lectores cómplices, apasionados por la indagación, la incertidumbre y el pensamiento. Por ejemplo, una faceta no muy conocida de Nicolás era su pasión por la antropología, la poesía –que compartía con Pichon-Rivière– y su vinculación a diversas revistas literarias, como la vanguardista publicación *Poesía Buenos Aires*, que codirigió.

Lamentablemente hay contadísimas huellas de su identidad como poeta o crítico literario. Sirvan como muestra de esto último las reseñas –afortunadamente publicadas en la *Revista de Psicoanálisis* número 16, de noviembre de 1992, sobre los libros *Una lectura psicoanalítica de Neruda*, de Noel Altamirano o *La identidad negativa, metáfora de la Conquista*, de Blanca R. Montevechio.

Así era Nicolás, un poeta o-culto y un fiel amigo.

Como discípula y amiga y como colega de la APOP lamento que Espiro no se prodigara en sus escritos, que su trasmisión fuera más que nada oral, que su paso por las instituciones fuera tan discreto, como detrás del telón, y que su humildad despertara en mí mucha impaciencia. Bueno, era un coordinador grupal, un líder de la tarea. Él quiso estar al margen de la ideología del poder en relación con el liderazgo, pretendía impulsar una postura colectiva.

Por suerte, en abril de 2016 pude visitar a Nicolás y a Marta Hendler en su casa de Buenos Aires. Durante la conversación –amena, e intensa, por supuesto– él por fin reconoció su obcecada (y coherente) determinación de no ocupar posiciones de poder en las instituciones.

Volví a Madrid sensibilizada una vez más por su generosidad, su coherencia y su continua autocrítica defendiendo siempre la continuidad de su praxis, es decir, por ejemplo, colectividad versus seriación; adaptación activa a la realidad versus servidumbre-sometimiento.

Al poco tiempo recibimos la noticia de su muerte, ocurrida en Buenos Aires el domingo 26 de junio de 2016.

La semana pasada soñé con él. Me arriesgo a revelar aquí este sueño.

Nicolás estaba de pie sobre un estrado, impartiendo una conferencia. Como siempre su porte era elegante, refinado. Con su voz inconfundible y un gesto de sus manos animaba a todos los asistentes a subir a la tarima. Y ahora pienso ¿no será esta la realización de mi deseo de que por fin se hiciera visible su invisible liderazgo? Aunque, claro ¿cuántas infinitas interpretaciones podrían surgir hoy en esta Jornada en su honor?

No puedo eludir el hecho de que en este acto conmemorativo también se nos hacen presentes otras pérdidas que hemos tenido en APOP, y me refiero a la más reciente, en el mes de julio, la de Rosario Flores, grupalista nata, que nos ha acompañado en la construcción de nuestra Asociación con agudas aportaciones al pensamiento operativo. Recordaremos siempre su entrañable y generosa singularidad.

Por último, creo que es pertinente aplicar a Nicolás aquella definición del Talmud que él adjudicaba a su maestro Pichon-Rivière: "Sabio es aquel que puede aprender de **todas** las personas".

Muchas gracias a todos por estar hoy aquí.

Alicia Monserrat, Madrid 28 de octubre, 2017